

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8387

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorelle, rue Caumartin, 6, Mr. A. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 21 Octubre de 1889.

## DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor  
Las densas sombras aluyentando va,  
Y vuela el aïra perfumada ya,  
Sus alas leves en la fresca ñoa.  
Ven; no hay encanto, para mi mayor  
Que el que tú me das en tus sentidos da,  
Ven, que en las horas humedando está  
El aroma y sin igual licor.  
Café de El Barco de Valencia es,  
De el que te gusta con pasión á tí  
Porque conserva á par nuestra salud.  
Por el sin fiebre y con calor te ves,  
Por él me tienes á tu lado á mi  
¿Serás ingrata con El Barco tú?

Los exquisitos chocolates, calés y tés de El Barco de Valencia se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia; representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Carril de S. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

Véase el anuncio de los Grandes Atmaceños del Printemps de Paris.



## LA SEMANA ANTERIOR.

—¿De V. un permiso...?  
—No, señor.  
—¿Por qué? soy un hombre perdido.  
—¿Qué le pasa á V.? siéntese: pero no se abra así.  
—Ay!... soy muy desgraciado...  
—Bien; sí, lo creo: pero no llora usted tanto. Sosiéguese y dígame que le pasa.  
—Caballero estoy decidido á pegarme un tiro.  
—Eso es lo último.  
—Si señor: lo último; por eso lo he dejado para después. ¡Ay qué desgracia!  
—Si sigue V. así no nos entenderemos nunca.  
—Es que no puedo hablar: la congoja no me deja articular palabra. Soy muy desgraciado.  
—Tómese V. un vaso de agua... mejor será que la tome con un poco de vino.  
—No se incomode V. en esas mezclas; tómese el vino solo.  
—Como V. quiera... con que diga que le pasa á V.  
—Yo soy un caballero... un caballero...  
—Sí; ya he comprendido que lo es usted.  
—Mi honor corre peligro por una mezquina cantidad que se le ha interpuesto en la entrega de fondos, y mi persona.  
—Ah!... ¡ya!... cuestión de algún dinero... sí... comprendido.  
—Llámémosle una desgracia.  
—Sí; una desgracia para la caja.  
—Para mi honor.  
—Tanto me cuesta V. su honor que se expona á acompañar á V. lo cuanto es el deber.  
—¡Ay qué desgracia!  
—Pero hombre, basta de lágrimas y al trabajo.

—Siete .. siete..  
—¡Siete! .. hombre explíquese V.  
—Siete mil reales constituyen la falta que acaso me decida al suicidio.  
—¡Ah!... ya caigo: V. es aquel que no hace mucho fue con iguales formas é idéntico darsalco lamentándose casa de un amigo mío á quien sacó un buen pico... ya lo conozco á V.  
—¡Caballero!..  
—Sí, lo conozco á V. y si V. considera tan necesidad el suicidio, por mi parte puede V. pegarse todos los tiros que guste. Después de todo, la sociedad y la familia de V. poco irán perdiendo.  
—Me parece señor mío que V. ha debido tomarme por otro.  
—¿Por otro eh? pues mire V.; por lo pronto se va V. á la calle antes de que yo lo tire por el balcón, y vaya V. á consolarse á la timba de donde es V. devoto.  
—Repito que me confunde V. con algún otro.  
—Bien, pues á la calle: ¿lo ha oído usted? .. á la calle...  
Me parece que el comienzo de la semana que acaba de pasar no ha podido ser más bonito.  
El lunes el mismísimo Juanes á las once de su mañana entró en mi casa el tipo que dejo pintado.  
Trátase pues de un sablista de primera fuerza que recomiendo á mis lectores para que se libren de sus garras

Los teatros continúan en el mismo estado y así que la semana que reseñaba el lunes pasado. En Matquez han menudeado los estrenos, y dicho se está que el público acude constantemente á aquel teatro.  
Y eso de que con el género del día no se aprende nada bueno, eso es falso.  
El que necesite conocer la Ortografía que vaya á Matquez.  
El que no sepa mentir á Matquez con él, y en viendo Los embusteros se hace maestro.  
Al que le lire la escultura no tiene más que ir una noche al mencionado coliseo, pdes la Bellido y la Corona le enseñarán las formas que debe tener una estatua modelo.  
Lo dicho el género corto es largo en lo de instruir.  
Durante la semana pasada ha habido movimiento en la prensa local.  
Un periódico ha cambiado de Director.  
Un activo reporters ha cambiado de periódico.  
Y dos directores tienen pendiente (según se dice) un lance personal.  
En cuanto á lo primero nada tengo que decir.  
Respecto á lo segundo, ya es otra cosa después de haberlo sinceramente celebrado queda resolver la cuestión del mejor modo para ambas partes.  
Una facción de la labor para poder salir y para adquirir lo necesario se introdujo el sábado en cierta cacharrería de la plaza de los Caballos.

—Y que, ¿hizo compras?  
—No; hizo tiestos.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SINFOROSA

## Charada

¿En todo hay guerra? mejor;  
busca de marchar el modo,  
y así dos tercias una todo  
demostrarás tu valor.  
G. S. J.  
La solución en el número próximo.

## PENSAMIENTOS.

El artista creando y arrancando el sabio secretos á la naturaleza para ensanchar los horizontes de la ciencia, dan al ingeniero, al médico, al industrial, al actor, al músico, al artesano medios para la ejecución de sus inventos. Pretender que los ejecutores se sientan humillados porque no alcanzaron á inventar, es un delirio. Cada uno de estos en su esfera puede cumplir con su deber sin abdicar su dignidad. El genio no se adquiere: nace con el hombre.

El hombre que hace sonar el clarín de la justicia, no debe temer el castigo, de modo que sea escuchado por los extranjeros, merezca que se entregue á estos para que le juzguen. No es acreedor á la honra de ser juzgado por los suyos.

Ciertos delitos que escapan á la acción de los tribunales, son juzgados y aun castigados por la misma conciencia del delincuente. Cada hombre tiene en sí mismo un tribunal compuesto de un acusador, un defensor y un juez, que si le juzgan en el más secreto rincón de la conciencia lo ha en siempre bajo la mirada de Dios.  
I. Martínez Rizo.

## LA HIGIENE.

Leyendo los consejos y prescripciones de un famoso propagandista de la higiene, he recordado la chingota que se cuenta acerca de un ciego de mi tierra.  
Demandaba la caridad pública en la bajada del Puente un día en que el frío era forastero. Dos horas llevaba el infeliz de dar diente con diente, cuando se le acercó un caballero compasivo.  
—Ciego, ¿tiene usted para cambiarme una perrita y le daré un centimo?  
—Todavía no me he estrenado, señorito.  
—Pues lo siento, replicó, siguiendo apresuradamente su camino.  
A poco una devota que regresaba de Santo Domingo dirigióle análoga pregunta.  
—¿Puede usted cambiarme una perrita?  
—Ojalá. Pero crea usted que me coje con los bolsillos esteriles.  
Un tercer filántropo económico tentó la paciencia del pobre, ofreciéndole darle dos centimos si le cambiaba una moneda de diez.  
El ciego no pudo ya contenerse y exclamó alzando las manos al cielo.  
—¡Dios mío! ¡Hasta para pedir limosna hace falta tener dinero!  
Efectivamente, habían creído que el pordiosero tenía un puesto de pedir sino de cambiar monedas.

Con las reglas recomendadas por ese propagandista sucede lo mismo. La higiene resulta un artículo de lujo, si alcanza solo de los favorecidos por la diosa chiripa, como los pavos trufados y otras golosinas, según decía un gastrónomo amigo mío.

Lean ustedes algunas de las prescripciones de este sibio y sino es rico verá el defecto desagradable que le causan.  
Por la mañana estará quietecito en la cama hasta que el aire no sea tan suelto. Después procurar no tener disgustos ni quebraderos de cabeza, trabajar poco porque el exceso perjudica, y cuando el tiempo sea apacible dar largo paseo por sitios que alegren el espíritu.

Luego que con un ejercicio conveniente se haya abierto el apetito, comer sin exceso, procurando que las carnes rojas alternen con las blancas, y estas con las legumbres, regando unas y otras con vinos puros, fortificantes, buenos, que den calor y color á la sangre.

Y por la noche procurar que el relente no cause un enfriamiento, cosa tan fácil si se ha dejado usted la capa olvidada en casa del prestamista y tiene usted que andar por esas calles de Dios en cuerpo gentil y como perro vagabundo.

Cuando termina uno de leer estos preceptos higiénicos, se le ocurre decir como el jóven á quien en cierta tertulia le aconsejaba que se divirtiese mucho, un viaje verde.

—¿Qué tal mi consejo, picarón? Le preguntaba alegremente.  
—Buena, muy buena, pero incompleto. Debería venir acompañado de algún dinero para comprar el viaje.  
Si en España estas cosas se hicieran mejor, las prescripciones higiénicas que se están publicando de algunos años á esta parte, irían acompañadas de una renta vitalicia al lector, suficiente á darse buena vida.

Y entonces si que llegaríamos al ideal más remoto, á morirse solo de viejo, ya que no morirse nunca es imposible.  
Pero váyale usted con el empuje higiénico de que no se altere al que tiene diez chiquillos, mujer y suera, y cobra cada treinta días una paga con la que no imponen los heroicos privaciones tendida apenas para cubrir las necesidades de una semana.

Dígame usted que no se esponga á ningún accidente al pobreto que en lucha perpetua con la escasez de recursos llega á temerle al casero mas que á una pulmonía.

Recomiéndole usted al infeliz condenado á lentas y perpetuas que no abuse de las carnes magras y se retra en sus brabas, contestándole, si aun le queda fuerza para hablar, que en punto á carnes no siente hace tiempo ni los apetitos y estímulos de la propia.

Los higienistas dicen que no se puede estar mucho tiempo á la intemperie, y es verdad, pero no se debe olvidar como si son los cocheros, los albañiles, los peñeros, vendedores ambulantes, colorados, etc., etc.

Ordenan que se salga bien abrigado, y como no todos son alcaldes, concejales, ó cosa así, admira que existan años y años, en plena estación de los frios y las humedades, pobres á quienes por casualidad solo han dejado la camisa.

Sería cosa de mantener la creación si la higiene fuera exclusivamente la garantía de los ricos, mientras que los pobres de su posición poder conseguir mejor la vida.  
Pero los pobres no hacen caso de exhortaciones, ni en cuenta, que con unas pocas monedas se puede prolongar la existencia, aunque del modo que los perros que viven de mendrugos.

Y que nadie se muera hasta que Dios quiere.

ANTONIO FERNANDEZ Y GARCIA.